
 A. TSUCHIYA /
 LA EMOCIÓN
 COMO
 PRÁCTICA
 SOCIAL...

taca el de la competencia emocional por encima de los de la religión y la política. Ahora bien, la investigadora sostiene que a pesar de la naturaleza melodramática de la serie que presenta los problemas políticos en términos personales, al confrontar a los espectadores con una amplia gama de discursos de sufrimiento, se les obliga a ir desarrollando una competencia emocional cuyos criterios trascienden lo personal y adquieren una carga política.

Francisco Ferrándiz, en «De la lágrima al píxel: corrección política y emociones digitales en las exhumaciones de fosas comunes de la Guerra Civil», lleva a cabo un análisis muy lúcido de las diferentes funciones —y posibles abusos— de las emociones en el movimiento memorialista en la España contemporánea. Considera, en particular, el impacto de las nuevas tecnologías digitales en la producción, circulación y consumo de las imágenes de la exhumación de las fosas comunes y de los actos asociados con la recuperación de la memoria histórica. Rehuyendo de una dicotomía jerárquica y reductiva entre emoción y conciencia histórica, el autor enfatiza cómo la experiencia de las emociones —complejas, múltiples e inestables— ante las exhumaciones de las víctimas del franquismo son, efectivamente, una forma de conocimiento histórico y social que pueden provocar una reflexión y acción políticas. El último ensayo académico que cierra el volumen, «Lágrimas públicas y razones del corazón: emociones políticas en un estado de crisis», de Luisa Elena Delgado, da cuenta del uso que se hace de las emociones en el discurso político, especialmente en momentos de crisis. Situando su análisis en el momento de crisis económica reciente en España, la autora examina lúcidamente las metáforas «emocionales» que han circulado en la esfera pública

para movilizar a la ciudadanía con el fin de fomentar el patriotismo «español», por un lado, y patologizar los sectores sociales marginados del centro nacional, por otro. Delgado retoma desde otro ángulo el argumento de su magistral libro, *La nación singular*, para acercarse ahora críticamente a los usos políticos de las emociones que apelan a la fantasía de «una nación completa y singular» (340).

De manera idónea el volumen se cierra con las reflexiones de Antonio Muñoz Molina sobre el papel fundamental de las emociones en la vida y en el arte del escritor y con su afirmación acerca de cómo su propia vocación fue alimentada por la literatura y la cultura popular que lo «engancharon» emocionalmente en su infancia. No se puede practicar su arte, concluye el gran novelista, sin poder enfrentarse a las emociones básicas de la existencia humana.

La riqueza del volumen se debe a los múltiples puntos de contacto entre los capítulos con los que se logra fomentar un diálogo entre una diversidad impresionante de perspectivas críticas, filosóficas e ideológicas y desde ellas desmenuzar la cuestión de las emociones en el contexto de la España contemporánea. Las posibilidades de futuras indagaciones en el tema, a partir de estos estudios, son infinitas. Es imposible hacer justicia a las contribuciones individuales, todas de alto nivel intelectual y rigor científico, y es que esta antología en su conjunto es un punto de referencia fundamental para futuros estudios sobre las emociones en la España moderna. Indudablemente seguirá estimulando un diálogo de gran alcance y trascendiendo las fronteras nacionales y disciplinares.

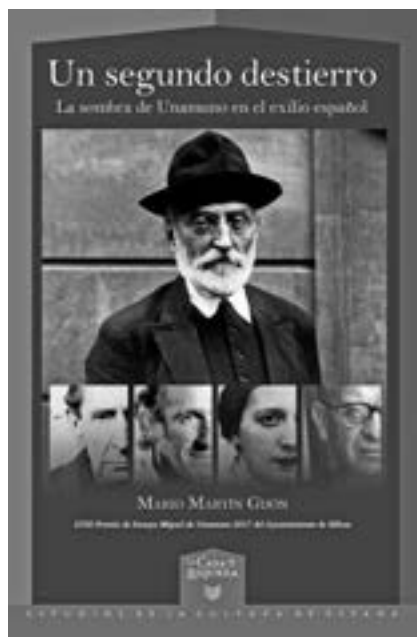
A. T.—WASHINGTON UNIVERSITY, ST. LOUIS

SEBASTIAAN FABER / UNAMUNO DESDE EL EXILIO REPUBLICANO

MARTÍN GIJÓN, M., *Un segundo destierro. La sombra de Unamuno en el exilio español*. Bilbao/ Frankfurt: Iberoamericana/ Vervuert/Ayuntamiento de Bilbao, 2018, 352 pp.

Si la historia intelectual de la península ibérica fuera un paisaje, Miguel de Unamuno dominaría el horizonte cual un auténtico Mont Blanc. «[E]scritor y hombre, poeta y político, dramaturgo», escribía Max Aub en su *Discurso de la novela española contemporánea*, publicado en México en 1945, «forma un solo bloque granítico, inamovible en la historia contemporánea española» (110, cit. en MMG 301). En el curso de *Un segundo destierro. La sombra de Unamuno en el exilio español*, Mario Martín Gijón se refiere varias veces al escritor bilbaíno como «ineludible»: incluso los exiliados republicanos que no comulgaron con él se vieron obligados a tratarle.

Y lo hicieron con provecho. Si algo demuestra este libro es que las reflexiones y debates que la vida y la obra de Unamuno suscitaron en los largos años del exilio fueron sumamente fructíferos. Tiene razón Martín Gijón cuando se refiere a Unamuno como un *venero*: incluso —o quizá, sobre todo— después de su trágica muerte en 1936, el vasco se convirtió en una fuente inagotable de textos que, juntos, constituyen



un riquísimo archivo de pensamiento en las varias lenguas españolas. Ningún otro autor de su generación tuvo una resonancia tan amplia entre la intelectualidad exiliada, donde la estela póstuma del rector de Salamanca se manifestó en recuerdos personales y la evocación de ecos biográficos (Unamuno, a fin de cuentas, también había sido un exiliado político que, además, había realizado un regreso triunfal a su patria), pero también en intensas desavenencias, inspiraciones literarias, análisis políticos e influencias filosóficas.

Como no podía ser de otra manera, todas estas lecturas estuvieron sobredeterminadas por la política. En primer lugar, el exilio republicano era un fenómeno político de por sí, por más que, en algunos intelectuales, el destierro produjo una cierta despolitización. Sin embargo, la recepción del legado unamuniano entre los integrantes del exilio se vio complicada por cuatro factores adicionales: la profunda ambigüedad política y filosófica del propio Unamuno; las confusas circunstancias biográficas de los últimos meses del escritor (incluidos su apoyo inicial

a la sublevación y, poco después, su legendario enfrentamiento con el general Millán Astray en el paraninfo de la Universidad de Salamanca); las profundas divisiones políticas en el propio exilio; y, de forma central, los intentos del régimen franquista por apropiarse del legado de Unamuno —una apropiación que no rehuía de la censura—.

Si, por un lado, hubo falangistas que, como escribe Martín Gijón, quisieron «fagocitar a un intelectual que fue insultado por sus militantes» (14), por otro el pensador heterodoxo de Bilbao fue objeto frecuente de críticas feroces desde la jerarquía católica, para quien «será espantajo» y «ejemplo a evitar». Un pequeño ejército de autores reaccionarios le dedicaron «opúsculos o libros enteros que ejercieran de cortafuegos ante que lo veían como peligrosas enseñanzas» (14). La cruzada eclesiástica contra Unamuno culminó en la inclusión de obras como *Del sentimiento trágico de la vida* y *La agonía del cristianismo* en el *Index librorum prohibitorum*.

En este sentido, las lecturas de Unamuno —críticas o no— realizadas desde el exilio republicano formaban parte consustancial de lo que Martín Gijón describe como una batalla más amplia: «una pugna simbólica por el legado de la tradición literaria española, interpretada en clave nacional-católica por los profranquistas y como una continua pugna liberadora y popular por los republicanos» (86). Se trata del largo conflicto que, en otro lugar, he llamado la *lucha por la hegemonía cultural* entre el exilio y el régimen, que ambos pretendían encarnar una España verdadera frente a otra falsa.


En su libro, Martín Gijón repasa de modo sistemático las muchas formas en que leyeron a Unamuno las y los intelectuales españoles que dejaron su país por su oposición al régimen franquista. En los primeros capítulos hablan filósofos como María Zambrano, José Ferrater Mora y Eugenio Ímaz. Para Zambrano, Unamuno se dividía en dos —uno «de luz» y otro «de sombra»—. Su obra, afirmaba, era mucho más actual que la de, por ejemplo, Galdós; pero también, quizá, de la de ciertos miembros de la generación del 14. De hecho, Martín Gijón aventura la hipótesis de que, contrario a lo que se suele afirmar sobre la filósofa malagueña, «Unamuno, mucho más que Ortega, fue el principal compañero y rival de [sus] reflexiones» (33). Para Ferrater Mora, que pasó gran parte de su exilio en Estados Unidos, el rector de Salamanca, en su consustancial quijotismo, fue una encarnación «perfecta y eterna» del «hombre hispánico» —un hombre esencialmente diferente del resto de la humanidad, pero también, al mismo tiempo, su potencial salvador—.

Eugenio Ímaz —cuyo suicidio en 1951 conmocionó a la comunidad exílica— rechazó el intento de comprender a Unamuno a través de otros filósofos, como Heidegger; así como José María Quiroga Plá (yerno de Unamuno, exiliado en Francia), rechazó lo que veía como los intentos de mala fe, de parte de intelectuales residentes en la España franquista, por apropiarse al autor de *Niebla*. «Como a España», escribía Quiroga en 1938, a Unamuno «lo reclamamos por nuestro. Como a nuestra España, no dejaremos que nos lo arrebaten, que se lo apropien» (91). En este mismo espíritu, a finales de los 40, será Quiroga quien critique las amplias *Obras selectas* editadas en Madrid por Julián Marías, por selectivas y manipuladas. «Seguramente», matiza Martín Gijón, «la crítica de José María Quiroga Plá a un libro, que bajo todas las coacciones de la época, presentaba una selección notable de la obra unamuniana y un prólogo empático y nada banal, resulta un tanto excesiva, como la de quien se veía arrebatar una obra que consideraba suya y del resto de los exiliados que continuaban en el amargo exilio el desarrollo cultural truncado por el franquismo» (94).

Como demuestra Martín Gijón, el afán apropiador y la selectividad oportunista no se limitaba a los críticos que leían a Unamuno desde la España franquista. Así, por ejemplo, los exiliados liberales —Francisco Ayala, Salvador de Madariaga, Juan Marichal— «reivindicaron el carácter “liberal” de Unamuno, legitimados por las propias proclamaciones, en innumerables ocasiones, del bilbaíno, quitando relevancia a otras declaraciones que pudieran contradecir esa idea» (194). Para Madariaga, por ejemplo, el supuesto individualismo de Unamuno era «noble» en «estos tiempos de comunismo porcino»,



S. FABER /
UNAMUNO
DESDE EL EXILIO
REPUBLICANO


 Unamuno a la salida del Paraninfo de la Universidad de Salamanca tras el incidente con el Gral. Millán Astray, 12 de octubre de 1936.

aunque advertía que no cabía confundir lo defendido por Unamuno con «esa pueril ideología que inspira a la mayoría de los anarquistas» (195). Esta visión de Madariaga fue compartida por los demás asociados con el Congreso por la Libertad de la Cultura (financiado, como es sabido, por la CIA norteamericana), para quienes Unamuno era un «ejemplo de liberal no contaminado por el marxismo» (200). Ayala, por otra parte, canaliza la actitud relativamente crítica hacia Unamuno que había adoptado Ortega y Gasset; aprecia sus innovaciones literarias pero censura sus «bufonadas y chocarrerías». Para Marichal, Unamuno fue, sobre todo, un gran ensayista y «el español más europeo de su tiempo» (209).

La reivindicación de Unamuno como filósofo en toda regla —lo que Martín Gijón llama su «canonización»— se produce de la mano de pensadores como Ferrater Mora y Juan David García Bacca. Para este último, con obras como *Del sentimiento trágico* y *La agonía*, Unamuno «nos pone eficiente y eficazmente ante una realidad nueva y nuestra, nos revela con toda su fuerza un componente de nuestra realidad que hasta ahora no había sido valorado filosóficamente» (97). El exilio también se dedicará a la reivindicación de la obra poética de Unamuno —la faceta de su obra quizá menos valorada en vida—. Así, por ejemplo, será Federico de Onís, fundador del departamento de Español de la Universidad de Columbia, en Nueva York, quien en 1953 publique el *Cancionero. Diario poético*. También llegan a reflexionar sobre la poesía unamuniana Luis Cernuda, Juan José Domenchina, Pedro Salinas y Benjamín Jarnés, para quien Unamuno fue «el gran poeta de la intimidad profunda».

La generación de intelectuales a la que el final de la guerra pilla relativamente jóvenes, como Antonio Sánchez Barbudo y Adolfo Sánchez Vázquez, o en plena adolescencia, como Carlos Blanco Aguinaga, también llegó a producir reflexiones intensas y originales sobre la obra unamuniana. La lectura de Sánchez Barbudo, generalmente crítica, la clasifica Martín Gijón como una manifestación de la consabida «ansiedad de la influencia»; al fin y al cabo, Unamuno había




S. FABER /
UNAMUNO
DESDE EL EXILIO
REPUBLICANO

sido «decisivo» en la visión de Sánchez Barbudo sobre España. En una serie de artículos influyentes publicados en los años 50, Barbudo recalca la importancia de la crisis religiosa de Unamuno quien, según él, «en el fondo no creía».

Blanco Aguinaga, por su parte, adoptará otra actitud. El que posteriormente sería uno de los críticos marxistas más importantes de su generación empieza a escribir sobre Unamuno en los años 50, durante sus estudios de doctorado en el Colegio de México. En *Unamuno, teórico del lenguaje* (1954), el trabajo que lee como tesis doctoral, Blanco presenta a Unamuno como «precursor ignorado del pensamiento moderno», en gran parte por la importancia que atribuye al lenguaje como reflejo e instrumento de lo político y social. En *El Unamuno contemplativo*, publicado cinco años después, Blanco contrapone al «Unamuno agonista» de la segunda parte de su vida al «Unamuno contemplativo» de sus años más jóvenes, por el que Blanco siente más afinidad. «En el fondo», resume Martín Gijón a Blanco Aguinaga, «en Unamuno subyacería la oposición hegeliana entre Naturaleza e Historia enriquecida por el concepto personal de la intrahistoria», concepto que encierra «implícitas posibilidades dinámicas... en el pueblo que va haciendo la historia más que los políticos y generales». Al mismo tiempo, sin embargo, lo intrahistórico también contiene «un sustrato potencialmente antihistórico, que se desarrollará en los últimos años de Unamuno», por ejemplo, en *San Manuel Bueno, mártir*. Más tarde, Blanco Aguinaga estudiará la etapa socialista de Unamuno, interés que le llevará al trabajo seminal que será *La juventud del 98* (1970). «Para Blanco», escribe Martín Gijón, «la etapa socialista de Unamuno era una prueba más a favor de una visión distinta de la España finisecular» (274).

También Adolfo Sánchez Vázquez, otro grande de la crítica marxista, evolucionará en su visión de Unamuno. En un texto de 1945, afirma que «en Unamuno, la raíz profundamente humana de su filosofía le lleva a caer constantemente en lo literario, que es la “expresión de lo humano” por excelencia». Seis años después, se muestra más crítico con el pensamiento unamuniano, afirmando que la idea de la «tradición eterna» formulada en *En torno al casticismo* tiene una poderosa dimensión reaccionaria, ya que «no es otra cosa que una nueva forma de negar el desarrollo histórico» (230). Lo que sí cabe rescatar, por otra parte, es el populismo del bilbaíno, tan diferente del elitismo

orteguiano. Al fin y al cabo, «para Unamuno, el pueblo es el portador de la sustancia de la historia» (232). «En análisis de Sánchez Vázquez», afirma Martín Gijón, «demuestra cómo Unamuno podía ser asimilado por un canon literario orientado en sentido marxista, incluso, todo sea dicho, con mayor facilidad y menos deturpaciones que su asunción por el falangismo» (233).

En otras partes de su libro, Martín Gijón echa luz sobre el impacto del legado unamuniano sobre literatos exiliados como Max Aub, José Bergamín y Ramón Sender. Pero además de proporcionar un repaso tan necesario y perspicaz como ecuánime y riguroso de la recepción de Unamuno en el exilio republicano, este libro hace también dos cosas adicionales. Primero, contribuye a recuperar el legado del exilio como *parte indispensable* de la historia intelectual española: arroja luz o rescata del olvido visiones importantes a tomar en cuenta que sirvan de contrapeso contra el legado de la historia intelectual franquista —entre otros lastres, la etiqueta de «generación del 98» de la que, como escribe Martín Gijón, se sirvieron intelectuales como Laín Entralgo para «edulcorar» y «asimilar» a Unamuno— que sigue pesando como una losa sobre los planes de estudio, los manuales y el mundo de la edición.

En segundo lugar, este libro constituye un tributo personal de su autor, Martín Gijón —poeta, ensayista e intelectual público—, al escritor que, como afirma en una sentida «Posdata personal», «solo desde la angustia puede entenderse». Para comprender a Unamuno, escribe Martín Gijón, hay dos condiciones fundamentales: haber vivido el exilio o algo parecido; y «haber sentido como él... la certidumbre de su próxima aniquilación». Le lectura de su *Diario íntimo*, escribe, «me causó una impresión difícilmente describable»: «La certeza de que un hombre tan aterrado ante su extinción hubiera desaparecido de la misma manera que les ocurría a quienes en toda su existencia no experimentaron ni un minuto ese terror me parecía una burla a la dignidad humana y me produjo tal convulsión interna que tuve que cesar en la lectura» (334-335). La obra del bilbaíno, concluye, «a nadie deja indiferente». Este libro, al demostrar esa fuerza perturbadora, constituye un homenaje digno a Unamuno y a todas y todos los exiliados que se dejaron perturbar.

S. F.—OBERLIN COLLEGE, OHIO

JOSÉ ANTONIO LLERA / LORCA, DALÍ Y BUÑUEL ANTE EL NUEVO MUNDO

DEL PINO, J. M. (ed.), *El impacto de la metrópolis. La experiencia americana en Lorca, Dalí y Buñuel*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2018, 348 pp.

Desde que en 1988 Agustín Sánchez Vidal publicara *Buñuel, Lorca, Dalí: el enigma sin fin*, se han incrementado notablemente los estudios que abordan comparativamente las experiencias vitales y estéticas de tres autores esenciales del siglo XX como fueron Lorca, Dalí y Buñuel. Lo que demuestran estos análisis (una porción de enigma siempre permanecerá) es que, más allá de los periodos de amistad o de alejamiento que revelan sus biógrafos, poseían una visión global del arte. Si Lorca llegó a escribir un guion de cine (*Viaje a la luna*), Buñuel empezó a publicar relatos vanguardistas durante la década de los veinte, en tanto que Dalí siempre dejará un espacio para la literatura dentro de su universo plástico. La propuesta que guía el libro de José Manuel del Pino, catedrático de Literatura Española en Dartmouth

College y editor también de una monografía relevante sobre el hispanismo en los Estados Unidos, consiste en reunir los nombres citados alrededor de una experiencia común, la americana, en el convencimiento de que fue espiritualmente decisiva (lo que en términos benjamínianos llamaríamos *Erfahrung*). El volumen lo componen un total de catorce trabajos, en cuya distribución temática se ha procurado establecer un cierto equilibrio. Las colaboraciones de Andrés Soria Olmedo y Antonio Monegal asumen un enfoque colectivo. Del resto, tres están dedicadas a García Lorca, cinco a Dalí y cuatro a Buñuel.

Antonio Monegal entiende que las estancias en Nueva York pondrán en evidencia la tensión entre una estética vanguardista (o *de minorías*, conforme al clásico dictamen orteguiano) y la adhesión a una